

el cristiano frente al estado

• HORACIO SIMIAN S. J.

VUELVE a agitarse el problema de la "libertad religiosa" a propósito de la tercera sesión del Concilio. Vuelven a proponerse fórmulas, unas desgastadas y otras nuevas, pero todas complejas por el denso significado nocional-histórico que entrañan.

Decía hace unos días el Cardenal Ottaviani: "Es falso que el Estado sea incompetente para elegir una religión. Si esto fuera así, tendríamos que rechazar todos nuestros concordatos y los beneficios que nos han traído". (1)

Como acontece con la mayoría de los problemas de rancia historia —y éste tiene la longevidad del cristianismo: "¿Es lícito pagar tributo a César?"— los términos, utilizados en diferentes contextos históricos y culturales, y aún en diversos idiomas, acaban por resultar ininteligibles. Por eso es menester un esclarecimiento previo; y podrá acontecer tal vez, que establecidas nítidamente las premisas, las conclusiones se sigan sin dificultades.

NOCIONES

El hombre "se da en sociedad", al menos en esa sociedad numéricamente ru-

dimentaria que constituyen su padre y su madre. Biológica, intelectual, emocionalmente, el hombre se encuentra coartado en sus posibilidades si no es mediante la cooperación de los demás. Llamamos pues Sociedad a esa agrupación de individuos que tiende hacia un mismo fin, explícita o implícitamente propuesto y aceptado. Para la Sociedad natural humana, el fin es la plenitud biológica, intelectual, emocional.

En esa primera Sociedad podríamos hablar aún de una "micro-sociedad" (la familia); y de una "macro-sociedad" (clan, tribu o nación): conjunto de micro-sociedades que busca perfeccionar a todas ellas. Estas sociedades dentro de "la sociedad", tienen los mismos fines, analógicamente. Es decir, no coinciden exactamente, pero tampoco se diferencian absolutamente. Un individuo encuentra su satisfacción afectiva fundamental en su familia, y la nación o el conjunto de naciones poco podrá agregar en esa línea. En cambio, el bienestar económico de ese individuo dependerá, quizás inmediatamente, de su familia; pero sobre él pesará muy próximamente el panorama económico de su nación; y un poco más mediatamente,

(1) Noticia extraoficial publicada en "La Nación", 24-9-64, p. 1, c. 8.

pero no menos realmente, la relación de su nación con el conjunto de las naciones.

Pero un conjunto, si busca alcanzar algún determinado objetivo, requiere cierta unidad. El conjunto es la diversidad. La organización es la unidad. La sociedad de los hombres se organiza entonces en sus diferentes niveles. En el caso de la micro-sociedad, la organización surge de su misma naturaleza, se confunde con ella. Pero en el caso de la macro-sociedad, la organización brota de las libres voluntades de sus componentes. La naturaleza exige una organización, pero no ésta o aquella. Esa determinación es otorgada por los miembros de la tribu o nación de una manera más o menos explícita. Consiguientemente esa organización representa a los miembros que constituyen tal sociedad; y en la medida en que no es representativa, se aparta de su fundamento de existencia, pierde derecho a ser.

Cualquier concepción espiritualista (y aún las materialistas, a pesar suyo) reconoce en el hombre dos urgencias fundamentales: una temporal, que procura satisfacer las exigencias de bienestar cotidiano; otra, mucho más confusa, que desea prever "lo otro", "el más allá". La sociedad humana se consagra a cooperar en la solución de esta doble urgencia. Por eso, la organización será fundamentalmente doble. Cuando la nación se organiza para subvenir a sus necesidades temporales, surge el Estado; cuando la nación se organiza para subvenir a sus necesidades religiosas, surge la iglesia. (2) "Se organiza" no significa un ponerse buenamen-

te de acuerdo, un entendimiento privado, sino una organización "legal", a través de leyes, apta para ser públicamente conocida y libremente aceptada. En este sentido, el Estado es la ley. (3) Viniendo a definiciones, el Estado es la nación en cuanto se organiza legalmente para la obtención del bien común temporal. La iglesia es la nación en cuanto se organiza legalmente para la obtención del bien común religioso.

La nación, el pueblo, no queda absolutamente cubierto por esas dos organizaciones. Puede haber miembros de la nación que no pertenezcan a la iglesia; y el Estado no constituye todas las estructuras temporales de la nación, aunque sobre todas ellas tenga el deber de una acción moderadora y supletoria. Asimismo, puede haber diferentes iglesias, es decir, organizaciones legales religiosas para satisfacer diferentes concepciones, ya que esta diferenciación no se opone ordinariamente a la comunidad nacional: el buscar de uno u otro modo el bien religioso, no implica por sí mismo la no-coincidencia en la organización temporal. En cambio, la no-coincidencia total en este orden temporal, obliga a una separación. La diferenciación de Estados conduce así a la conformación de diferentes "naciones".

La organización legal para el bien temporal adquiere a veces tintes totalizantes; y esa totalización de funciones y poderes llega a eliminar prácticamente las organizaciones intermedias, y aún parte de la misión de la familia. Estamos entonces frente a un Estado-Sociedad que absorbe todas las manifestaciones humanas: políticas, económicas, sociales, culturales, re-

[2] Iglesia con minúscula, es decir, sociedad religiosa en general; en este planteo filosófico, de la esencia misma de las instituciones, prescindimos por ahora de los aportes de la revelación, entre ellos la Iglesia.

[3] J. C. MURRAY, *Theological Studies*, 14 (1953) 21.

ligiosas, y sobre todas ellas fija normas. Desde un único partido político, hasta los campamentos para estudiantes, todo es feudo de un "Estado" que ordinariamente ha dejado de representar a la Sociedad. En materia religiosa, se creará capacitado para decretar, ingenuamente, que todas las religiones tienen el mismo valor (o ningún valor) y deducir de esa premisa falsa la igualdad jurídica de todos los credos (consecuencia cuyo establecimiento tal vez le corresponde por otras razones). Y continuando su misión de pseudo-teólogo, limitará la expresión religiosa al ámbito del templo, como si las vivencias humanas fundamentales soportaran circunscripciones.

COMBINACIONES

Establecidas las nociones, intentemos un panorama de las relaciones posibles.

Puede acontecer, en primer lugar, que la nación o tribu permanezca sin llegar a constituirse en Estado: faltan propiamente las leyes, aunque sea, un derecho consuetudinario, aceptado por todos; la tribu continúa viviendo en una situación y régimen muy parecido al de la familia, manejándose con un puñado de normas prácticas que impone el más antiguo o el más fuerte. Tampoco se puede hablar de iglesia, limitándose el culto al tipo de vida religiosa familiar.

Puede acontecer también que la sociedad se organice según una única legislación, que abarca atribuciones temporales y religiosas, bajo una conducción unitaria: la Iglesia y el Estado se habrían fundido. Es tal vez el caso del César Augustus, Summus Pontifex et Imperator; o el de Moisés. En el primero la iglesia ha sido absorbida por el Estado a causa de

una religiosidad decadente, débil y formulista. El culto ha perdido su conexión con la vida y necesidad religiosa personal, convirtiéndose al cabo en motivo decorador del Estado y su jefe. El concepto mismo de Dios se ha confundido con la persona del jefe de Estado, hasta tal punto que el pueblo sinceramente religioso parte a la búsqueda de nuevas expresiones culturales en las religiones orientales. En el caso de Moisés, que a un tiempo otorga las tablas de la Ley y provee alimentos, es el Estado quien está en función de la iglesia. Tácticas guerreras o políticas se establecen para cumplir más cabalmente los designios de Yahveh.

Finalmente, ambas organizaciones pueden establecerse independientemente, en el mismo o en diferentes momentos de la vida de un pueblo. Entonces, o ambas respetan mutuamente el campo de acción de la otra; o se producen intromisiones de parte del Estado (regalismo, laicismo) o de parte de la iglesia (clericalismo).

Hasta aquí el planteo teórico, nocional. Desde ese punto de vista, no comprometido con ninguna iglesia o Estado, fácil es darle a cada uno lo suyo. Pero cuando pasamos a las instituciones en su real acontecer, nos encontramos con que la iglesia, porque doctrinalmente abarca un grupo de verdades esenciales al hombre, tiene la natural tendencia a exigir exclusividad. Si el hombre tiene tal fin, y el único camino para alcanzarlo es el mío, tengo que imponer ese camino. Diría que es psicológicamente sano que una religión sienta así. Significa que está segura de sí, que se sabe con buenas intenciones. Una verdad que no es excluyente, no es la verdad. A lo más, es un pedazo de verdad.

Si yo soy un católico convencido, estaré

naturalmente reacio a admitir otra situación que un efectivo predominio de mi religión, única que puede hacer la felicidad de los hombres, aunque ellos no se den cuenta. Si en cambio no participo convencidamente de ningún credo, me parecerá natural que todos se repartan buenamente sus derechos y adeptos. Pero no solventaré el problema de los convencidos, sino el de los indiferentes.

IGLESIA CATOLICA Y ESTADO

Si el Estado es la organización que adopta la sociedad para alcanzar el bien común temporal, parece evidente que al Estado, como tal, no le corresponde ninguna obligación religiosa explícita. No le corresponde, es decir, ni debe, ni siquiera puede. Simplemente es incompetente para tal obligación. En la medida en que el Estado se salga de la definición que hemos explicado, y comience a identificarse con la sociedad, o con la Iglesia, en esa misma medida adquirirá una obligación religiosa, por haber traspasado sus límites, pero no por ser Estado. Esta consideración es capital para la recta intelección de algunos documentos de la Iglesia. Así pues, el perfecto Estado, no tiene ningún tipo de obligaciones religiosas.

Volvemos a la cita del Cardenal Ottaviani. Parecería que aquí se identifican nociones que de suyo no son identificables, al menos en el sentido explicado: elegir religión; y establecer concordato. Mientras que "elegir religión" es una opción absolutamente personal e indeclinable, que nadie puede hacer por mí, y que no tiene sentido sino en cuanto parte de una persona humana (no de una "persona" jurídica), "establecer concordato" es en cambio una atribución jurídica que

no compete a los individuos sino a la sociedad organizada; y que no establece ningún lazo religioso. Ni las sociedades ni los Estados se salvan o se condenan, sino las personas; y el concordato no agrega ni quita absolutamente nada a mi opción religiosa personal. El Estado no puede hacer actos de fe; pero tiene obligación de establecer concordatos con la Santa Sede, cuando la sociedad que representa tiene al menos parcialmente lazos espirituales con la Iglesia, a fin de salvaguardar jurídicamente la plena libertad de esos sus representados católicos en los asuntos que por diferentes motivos y bajo diferentes aspectos caen bajo la potestad eclesiástica y estatal. Pero podrá acontecer —y ello es bastante más utópico— que tales concordatos sean innecesarios, si el Estado es un fiel y respetuoso representante de los individuos. Al fin de cuentas, las legislaciones, frecuentemente, son la constatación de determinados atropellos y el medio de ponerles coto.

Puesto que el motivo de los concordatos es la obligación por parte del Estado de cuidar la libertad religiosa de los ciudadanos frente a cualquier intento de monopolio religioso o laicista, el Estado debería estipular esos concordatos no solamente con la Iglesia Católica, sino con todas las iglesias suprenacionales que tienen bastante número de fieles, y garantizar así las libertades de todos. Ese sería el término de una "tolerancia" correctamente entendida.

Esto no significaría en absoluto reconocer idéntico valor a todas las religiones —juicio para el cual el Estado no está capacitado—; no significaría un indiferentismo religioso, sino afirmar la dignidad a todos los ciudadanos el derecho a obediencia de la persona humana, reconociendo

decer el dictamen de su conciencia —norma última de moralidad “en concreto”— mientras no lesione el derecho de los demás.

Pero, ¿un católico no debe trabajar para que el reino de Cristo sea todo en todas las cosas? ¿No debería tolerar, caritativa y pacientemente, un régimen como el indicado, pero solo esperando el momento propicio para dar el apostólico zarpazo que convertiría al Estado en hijo fiel de la Iglesia, y eficaz apoyo secular para el establecimiento del reino? (4)

Sin duda, un católico debe consumir todas sus energías para recapitular todas las cosas en Cristo, para quien todas fueron creadas. Hombres, cosas y estructuras deben ser cristianas. Pero no pueden serlo sino según su propia naturaleza. No está en manos de los hombres cambiar ese modo de ser del universo; intentarlo sería pretender corregir los trazos del Padre. Todo debe tender hacia El: la creación gime con dolores de parto esperando que la Redención sea consumada. Pero ¿qué puede significar para una creatura inanimada, para un pedregullo, tender hacia el Padre? ¿Acaso que su única misión lícita consiste en conformar la pared de

una casa parroquial o colegio católico? Perdóneseme la simpleza del ejemplo, pero los hombres somos poco consecuentes para la aplicación de principios. Si la piedra debe dar gloria a Dios, integrarse en la Redención de Cristo, siendo simplemente piedra ¿por qué pretendemos que el Estado coopere al Reino de Cristo siendo “quasi-Iglesia”, “sub-Iglesia”? El Estado es cristiano siendo simplemente Estado, es decir, cumpliendo su tarea de buscar el bien temporal de toda la sociedad que representa. La Iglesia (o cualquier Iglesia) no puede pedir al Estado sino que respete estrictamente todas sus libertades (5), “el principio entre los principios” (6) de la acción de la Iglesia. El Estado como tal, se sale de su pista cuando adopta una religión, aunque sea la verdadera; del mismo modo que se extralimita cuando declara que todas las religiones tienen los mismos derechos porque todas valen lo mismo; o, como sucede en nuestro tiempo, que ninguna tiene ningún derecho porque ninguna vale nada. El Estado pues, no puede ser cristiano, como tampoco puede ser laicista, que es imponer un modo de “religión”: la devota consideración del hombre y su voluntad como fuente de todos los derechos y norma de toda moralidad. El Estado debe asegurar a cada hombre la posibilidad de ejercer libremente su opción religiosa personal, con

(4) Presentada de otro modo, esta es la antigua cuestión de “hipótesis” y “tesis”. En sentido estricto, la primera es una situación de tolerancia a todas las religiones mientras no se puede imponer la católica. La “tesis” sería lo que “debe ser”: un Estado “católico” que con mano dura limita toda otra manifestación religiosa que la católica. Si no se entienden en sentido político, sino en otro más espiritual, no tiene dificultad. Así J. Leclercq: “Si Cristo es el salvador, y si la Iglesia católica es su Iglesia, todos los hombres deberían ser católicos... todos los cristianos deberían ser santos” (*La liberté d'opinion et les catholiques*, Du Cerf 1963, pp. 242 y 244). Pero no la entienden así los que pretenden que pertenece a la “tesis” que el Estado se haga cargo de una cierta coacción en beneficio de la Iglesia católica.

(5) Estrictamente. En un país donde los católicos (o cualquier grupo religioso) deben pagar los impuestos educacionales comunes, y además proveer con sus cuotas a la educación de sus hijos en la religión que practican, porque esos colegios no reciben su parte proporcional de los ingresos del Estado (“subvención” suena a limosna), se está atentando contra la libertad religiosa de ese grupo, pese a las declamaciones. La sociedad no es para el Estado, sino el Estado para la sociedad.

(6) LEON XIII, *Magna animi*, ASS 24, p. 653.

todas las repercusiones que ello supone en el orden social, cultural, educacional, mientras no se oponga clara y explícitamente al bien común temporal, cuya vigilancia es la finalidad del Estado.

La respuesta a la primera pregunta, insinúa la solución de la segunda: el respeto del Estado hacia todas las libertades religiosas de todos, no es un mal menor que el cristiano debe tolerar añorando mejores tiempos. Es algo verdaderamente bueno en sí, imprescindible siempre. Esa libertad de toda coacción, aún negativa, es condición de posibilidad de un auténtico acto de fe, es decir, único billete de acceso a la vida cristiana.

Esta es la línea de pensamiento del Magisterio de la Iglesia, cada vez más nítido en los últimos años. En su discurso a los juristas católicos italianos, Pío XII, después de haber desautorizado explícitamente el principio de que la tolerancia religiosa es inmoral, insistía en que la Iglesia "se ha visto incitada a obrar y ha obrado según esta tolerancia" desde que se convirtió en religión de Estado, aún teniendo a su alcance medios represivos. Parece entenderse que este es el modo de actuar propio de la Iglesia, cada vez se encuentra frente a una situación de pluralismo religioso (7).

Por lo demás, ninguna acción del Estado puede ser efectivamente positiva respecto de la opción religiosa, que por intrínsecamente libre no soporta intromisiones. Una influencia negativa —impedir la difusión de ciertos errores— puede parecer provechosa. Pero es una ventaja aparente, si se trata de comu-

nidades humanamente adultas, que han aprendido a pensar. Es imposible conseguir un ambiente ideológicamente aséptico: habría que amputar las inteligencias. Y si se lo consiguiera, condenaría a las personas a vivir permanentemente, bajo riesgo de muerte, en ese tubo de ensayo. La fe se fortalece interiormente en contacto con los mismos errores.

DOS CASOS-LIMITE

Cuando el Estado representa a una sociedad íntegra y homogéneamente religiosa, es decir, cuando absolutamente nadie disiente en materia religiosa (y ya se ve la hipoteticidad del caso), parecería que nuestra definición y teoría de un Estado estrictamente "profano" (no religioso, no laicista), se desploma. Si esa sociedad fuera católica, por ejemplo, ¿no debería el Estado ser católico? ¿No sería este Estado católico que corresponde a una sociedad totalmente católica, la verdadera "tesis", lo que debe ser? ¿No sería el Estado "profano" que corresponde a una sociedad pluralista, la "hipótesis", lo que se soporta? (8).

Una primera respuesta es que justamente cuando la sociedad es católica es menos necesario que nunca un barniz religioso postizo para una estructura esencialmente temporal. Sería desvirtuaria.

Yendo al fondo de la cuestión, una religión de Estado atentaría contra la libertad de la fe perdida. La cuestión planteada conlleva otra vez una confusión de términos. Para la sociedad la "tesis", lo

(7) AAS 1953, p. 798-799. Cfr. MARTELET, *La liberté religieuse*, Rev. Act. Populaire, 180 (1964) pp. 794-802.

(8) Cfr. YVES DE MONTCEUIL, *L'Eglise et le monde actuel*, p. 166. Nótese la diferencia entre esta cuestión, en una sociedad homogéneamente religiosa, y la que presentábamos más arriba, frente a una sociedad pluralista.

que debe ser, consiste en ser cristiana. Pero ese "debe ser" no tiene valor jurídico sino moral. Es el primer mandamiento de la ley de Dios. Para el Estado, la "tesis" consiste en procurar y salvaguardar el bien común temporal, al cual pertenece toda libertad, entre ellas la libertad religiosa; y eso frente a una sociedad pluralista, u homogéneamente religiosa.

Más complejo es el segundo caso: cuando frente al bien común que es la libertad religiosa, se opone otro bien común: la unidad de la fe. Si un grupo religioso heterogéneo quiere introducirse en un país, supongamos totalmente católico (catolicismo real, no de censo), con el único fin de realizar su proselitismo religioso ¿puede exigir esa sociedad al Estado una actitud intolerante respecto de los advenedizos, para impedir una presencia perturbadora de la paz común y entendimiento de los espíritus? Considerando el problema solamente desde la naturaleza del Estado, parecería que sí. El Estado se habría apartado sólo en apariencia de su naturaleza profana, a-religiosa, ya que no actúa porque esta religión es verdadera y aquella no (juicio del que es incapaz) sino porque esta determinada religión es también el bien común temporal de la comunidad. Si entran en consideración otros principios, como el bien universal de la Iglesia, o el mal ejemplo que daría un Estado intolerante a otros Estados que no están en la verdad, la solución dada es otra vez moralmente inaplicable.

Cuando los Romanos Pontífices se han referido al Estado Católico como un ideal hacia el cual hay que tender, se referían en realidad a la sociedad como

ente moral-sociológico, no al Estado como ente jurídico. "El Estado católico es el conjunto de instituciones que emanan de una sociedad enteramente católica, caracterizada esencialmente por una mentalidad colectiva católica" (9). Como es claro, en la concepción actual, el Estado no es un conjunto de instituciones; ni posee una mentalidad, sino la "estructura" que la ley le confiere. Igualmente León XIII, ha hablado indistintamente de sociedad y Estado, entre otras razones, porque en su momento histórico, el Estado laicista, liberal y totalitario, había absorbido completamente a la sociedad. En esas circunstancias, separar a la iglesia del Estado significaba no una separación jurídica de instituciones, sino separar real y espiritualmente, y para colmo "por la fuerza", en contra del sentir de buena parte de la población, a la Iglesia de la sociedad, restringiéndole sus libertades. Esa separación es inadmisibile desde el punto de vista espiritual de la Iglesia; pero aún desde el meramente jurídico, ya que el Estado se atribuye funciones que en modo alguno le corresponden. Tal identificación de términos se encuentra a todo lo largo del *Corpus Leoninum*; por ejemplo: "Así constituido el Estado (*civitas*), manifiesto es que ha de cumplir las muchas y altísimas obligaciones que lo unen a Dios mediante el culto público". Y propone en seguida la razón: "... porque los hombres, unidos en sociedad común (*societas communis*), de ninguna manera están menos sujetos al poder de Dios que cada uno de por sí, ... ni la sociedad debe menor agradeci-

(9) Cfr. ROUQUETTE, *Pie XI et la tolérance*, Etudes 1954, p. 242.

miento..." (10). Civitas, societas communis, societas civilis, son términos utilizados a cada paso como sinónimos.

RESUMIENDO

La sociedad debe ser católica. Debe, porque los individuos que la constituyen deben buscar y realizar la única verdad;

(10) Para la intelección de León XIII en esta materia, véanse los sólidos trabajos de J. C. Murray en *Theological Studies* a lo largo de 1953 y primer número de 1954.

por eso un católico nunca actuará bastante en la sociedad para que venga a nosotros su Reino. Pero ese deber no es frente a ninguna humana jurisprudencia, sino frente a la ley natural, vestigio de Dios en la conciencia humana.

Pero el Estado no puede ser católico, como no puede ser de ninguna otra manera religiosa. No que "es conveniente que no sea"; ni que "actualmente no puede"; ni que "no le es lícito". Sino que le es formalmente imposible. ♦

"ESTUDIOS", revista argentina de Cultura, Información y Documentación

Fundada en 1911. — Dirección y Administración: Callao 542, Buenos Aires, T. E. 40-7997
Registro de la Propiedad Intelectual N° 727.814

Puede suscribirse a la revista
"ESTUDIOS"

enviando cheque, giro postal o bancario, a la orden de:
Revista "Estudios"

tarifa de suscripciones

Suscripción anual (10 ediciones)	m\$n. 500
Suscripción semestral (5 ediciones)	" 250
Ejemplar del mes en curso	" 60
Ejemplar atrasado del año	" 70
Exterior: suscripción anual	u\$s. 5.00
